

# CONTRA LA MEDICINA DEL MEDICO

**A**TRAVIESA la Medicina una difícil crisis de confianza: el médico dejó de ser hace mucho tiempo el hombre a quien el enfermo no sólo confiaba sus dolencias, sino también sus culpas, y al transformarse en un profesional, dotado de medios de acción mucho más poderosos que los de sus correligionarios de tiempos pretéritos, ha perdido una gran parte de la aureola de «hombre fundamentalmente bueno» que le rodeaba.

El esplendor que adquieren en todas partes las artes médicas de base científica escasa o nula es prueba evidente de la desconfianza con la que el paciente contempla la intervención del médico de nuestros días. Los herboristas en Francia, los curanderos en España, los acupuntores en los Estados Unidos, los practicantes ayurvédicos en la India y los magos en numerosos países latinoamericanos recogen, cada vez con más frecuencia, los enfermos que el médico no ha sabido o no ha podido curar.

Hay que confesar paladinamente que o bien esas artes médicas tienen virtudes que nos resultan inexplicables a los médicos formados con arreglo a los patrones científicos que rigen en las escuelas médicas occidentales o bien la Medicina moderna es incapaz de curar un importante grupo de trastornos. Hace poco conversaba yo con una enferma que había pasado veintidós años sin poder conciliar normalmente el sueño; naturalmente, había consultado con gran número de médicos generales y especialistas y tomado toda la amplia gama de sedantes e hipnóticos de que dispone la psicofarmacología actual; en el borde de una auténtica depresión nerviosa acudió a una acupuntora, quien consideró que el insomnio estaba provocado por trastornos intestinales y le prescribió varias sesiones de implantación de sus agujas a lo largo del trayecto intestinal; resultado: reaparición del sueño normal, que la enferma creía desaparecido para siempre.

Citamos ese caso por parecernos muy demostrativo, pero nos consta que no puede considerarse en absoluto excepcional. Sería muy fácil afirmar que la enferma era una histérica y que la desaparición del insomnio se debía simplemente a la acción «mágica» de la acupuntura, acción prácticamente desaparecida en la Medicina moderna. Se trataría, no obstante, de una explicación demasiado simplista, que quizá sea aplicable a una parte de la clientela que acude a los acupuntores,



Dioscórides, autor del primer tratado sobre las plantas medicinales, explica a sus discípulos las virtudes de la mandrágora. Asistimos hoy a un renacer de las antiguas artes médicas, mientras la Medicina científica es sometida a acerbos críticos. (Fotografía: OMS.)

herboristas, curanderos, etcétera, pero no a su totalidad.

## Un difícil «mea culpa»

La realidad es que aumenta constantemente el núcleo de escépticos de la Medicina actual, que consideran que la Medicina progresa, pero no la salud. Nadie puede poner en duda la importancia de los avances médicos en la lucha contra las enfermedades infecciosas (vacunas para la prevención y antibióticos para el tratamiento), causa principal de la prolongación de la vida humana, pero también es indudable que muchos médicos han concedido una importancia superlativa a los medios técnicos descuidando al propio tiempo el aspecto «humano» del hombre enfermo.

Sírvanos de ejemplo una sesión clínica que tuvo lugar en la Real Escuela de Posgraduados de Lon-

dres acerca de un caso de enfermedad celíaca en el adulto resistente al tratamiento; el paciente había sido estudiado cuidadosamente con toda clase de análisis bioquímicos e histológicos y radiografías. En la presentación del caso, el profesor encargado del mismo se preguntó: «¿Por qué el intestino del enfermo sufrió un rápido deterioro y permaneció tan deteriorado que condujo en breve plazo a la muerte del sujeto?». Un médico general que se hallaba en la reunión dio su opinión: «El caso ha resultado desconcertante para los internistas, los bioquímicos y los anatomopatólogos. Me permito sugerir que el principal motivo es la insuficiencia de los conceptos que emplean en sus intentos de explicación. El comienzo de la enfermedad coincidió con un período de creciente tensión entre el enfermo y su hija adoptiva. La fase final

de la dolencia se produjo a la vez que el hundimiento de su empresa, a la que había dedicado largos años de leales servicios, y que el matrimonio de su hija, que el paciente consideró desastroso. Creo que el enfermo murió porque había quedado pulverizado todo lo que había dado sentido a su vida».

Tras haber desechado displicentemente esa intervención psicogénica, el profesor se dirigió a uno de los bioquímicos asistentes a la sesión clínica para preguntarle si creía que la insuficiencia de peptidasa ejercía alguna influencia. Así, todos los asistentes volvieron a pisar el cómodo terreno de la Medicina científica, y en lugar de profundizar en el medio psicosocial del paciente prefirieron ocuparse de sus enzimas.

Son muchos los médicos que no están dispuestos a admitir que los enfermos desean más atención personal y menos análisis y radiografías. Con el título «¿Qué diría Hipócrates?», publicaba recientemente un periódico ginebrino la noticia de que ciertos médicos de un hospital suizo, disgustados por las críticas que les dirigía un colega, que era además diputado, respecto a los enormes gastos del hospital, se negaron a asistirle cuando ingresó enfermo en ese hospital.

Cuántas y cuántas veces, el enfermo que sufre de dolores de estómago empieza a contar al médico sus problemas con su mujer o sus hijos, para encontrarse secamente cortado: «Bueno, vamos a hacer unas radiografías y todo se aclarará». Si, el estudio radiológico puede o no mostrar que el paciente presenta una úlcera, pero, en cualquier caso, el tratamiento será casi inútil si no se resuelven de algún modo los problemas de fondo del enfermo.

Debe abandonarse la Medicina del médico para hacer una Medicina del enfermo. Los médicos que todo lo basan en los aspectos bioquímicos y radiológicos de sus pacientes, quizá descan que se les considere como grandes científicos, pero en particular quieren conservar su situación privilegiada. Para ello necesitan que la Medicina sea esotérica, que los enfermos permanezcan en un estado de ignorancia pasiva, y que la insuficiencia de los conocimientos sobre tantas y tantas enfermedades quede encubierta por una nube de datos carentes muchas veces de significado. Para los llamados médicos científicos, el ideal sería la Medicina sin enfermos. Hora es ya de que se abandone esa delirante concepción. ■ DR. J. A. VALTUENA.